

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



# Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

# El viento en los sauces: El gaitero a las puertas del amanecer (7/12)

El chochín gorjeaba su cancioncita, escondido en la oscura orilla del río. A pesar de que eran más de las diez de la noche, el cielo aún se aferraba y retenía algunas persistentes franjas de luz del día que se había ido; y los sofocantes calores de la tarde se disipaban y se alejaban con el toque dispersor de los frescos dedos de la corta noche de verano. Topo se tendió en la orilla, aún jadeante por la tensión del feroz día que había estado despejado desde el amanecer hasta el atardecer, y esperó el regreso de su amigo. Había estado en el río con algunos compañeros, dejando a Rata de Agua libre para mantener un compromiso de larga data con Nutria; y había regresado para encontrar la casa oscura y desierta, y ninguna señal de Rata, que sin duda estaba trasnochando con su viejo camarada. Todavía hacía demasiado calor para pensar en quedarse adentro, así que se recostó sobre unas frescas hojas de muelle, y pensó en el día pasado y sus acciones, y cuán buenas habían sido todas.

En seguida se oyó el paso ligero de Rata acercándose sobre el césped fresco.

—¡Oh, el bendito frescor! —dijo, y se sentó mirando pensativamente al río, silencioso y preocupado.

—Te quedaste a cenar, ¿verdad? —dijo Topo.

—Simplemente tenía que hacerlo —dijo Rata—. No querían oír hablar de mi marcha antes. Ya sabes lo amables que son siempre. Y me alegraron tanto las cosas como pudieron, hasta que me fui. Pero me sentí como un bruto todo el tiempo, ya que estaba claro que eran muy infelices, aunque trataban de ocultarlo. Topo, me temo que tienen problemas. El pequeño Portly ha vuelto a desaparecer; y ya sabes lo mucho que su padre piensa de él, aunque nadie dice mucho al respecto.

—¿Qué, ese niño? —dijo Topo con ligereza—. Bueno, supongamos que lo es, ¿por qué preocuparse? Siempre se aleja, se pierde y vuelve a aparecer; es muy aventurero. Pero nunca le pasa nada. Todo el mundo por aquí lo conoce y le cae bien, igual que a la vieja Nutria, y puedes estar seguro que algún animal se cruzará con él y lo traerá de vuelta sin problemas. Nosotros mismos lo hemos encontrado, a kilómetros de casa, y muy tranquilo y alegre.

—Si; pero esta vez es más grave —dijo Rata con seriedad—. Lleva desaparecido varios días, y las Nutrias han buscado por todas partes, por arriba y por abajo, sin encontrar el menor rastro. Y también han preguntado a todos los animales en kilómetros a la redonda, y nadie sabe nada de él. Nutria está evidentemente más ansioso de lo que admite. Le saqué que el joven Portly no ha aprendido a nadar muy bien todavía, y puedo ver que está pensando en el dique. Todavía baja mucha agua,

teniendo en cuenta la época del año, y el lugar siempre le ha fascinado al niño. Y luego hay... bueno, trampas y cosas... ya sabes. Nutria no es de los que se ponen nerviosos por un hijo suyo antes de tiempo. Y ahora está nervioso. Cuando me fui, salió conmigo, dijo que quería un poco de aire y habló de estirar las piernas. Pero me di cuenta de que no era eso, así que lo saqué y lo sondeé, y al final se lo saqué todo. Iba a pasar la noche vigilando junto al vado. ¿Conoces el lugar donde solía estar el viejo vado, en los viejos tiempos, antes de que construyeran el puente?

—Lo conozco bien —dijo Topo—. Pero, ¿por qué Nutria iba a elegir vigilar allí?

—Bueno, parece que fue allí donde le dio a Portly su primera lección de natación —continuó Rata—. Desde esa saliente poco profunda y llena de grava cerca de la orilla. Y fue allí donde solía enseñarle a pescar, y allí el joven Portly pescó su primer pez, del que estaba tan orgulloso. Al niño le encantaba el lugar, y Nutria piensa que si volviera vagando desde dondequiera que esté (si es que está en algún sitio a estas horas, pobrecito) podría dirigirse al vado que tanto le gustaba; o si se lo encontrara lo recordaría bien, y se detendría allí a jugar, tal vez. Así que Nutria va allí todas las noches y vigila, por si acaso, ya sabes, ¡por si acaso!

Permanecieron en silencio durante un rato, los dos pensando en lo mismo: el animal solitario y dolorido, agazapado junto al vado, observando y esperando, durante toda la larga noche, la oportunidad.

—Bueno, bueno, supongo que deberíamos estar pensando en regresar —dijo Rata, pero nunca se ofreció a moverse.

—Rata —dijo Topo—, no puedo simplemente acostarme e irme a dormir, sin hacer nada, aunque pareciera no haber nada que hacer. Sacaremos el barco y remaremos río arriba. La luna saldrá dentro de una hora más o menos, y entonces buscaremos tan bien como podamos; de cualquier modo, será mejor que irse a la cama y no hacer nada.

—Justo lo que estaba pensando —dijo Rata—. De todos modos, no es noche para acostarse; y el amanecer no está tan lejos, y entonces podemos recolectar algunas noticias de él de los madrugadores a medida que avanzamos.

Sacaron la embarcación, y Rata tomó los remos, remando con precaución. En medio de la corriente, había un camino claro y estrecho que reflejaba débilmente el cielo; pero dondequiera que las sombras cayeran sobre el agua desde la orilla, arbusto, o árbol, eran tan sólidas en apariencia como las orillas mismas, y Topo tuvo que timonear con juicio en consecuencia. Oscura y desierta como estaba, la noche estaba llena de pequeños ruidos, canciones, charlas y murmullos, que hablaban de la ajetreada población que estaba en pie, ejerciendo sus oficios y vocaciones durante la noche hasta que el sol cayera sobre ellos y los enviara a su merecido descanso. Los propios ruidos del agua eran también más evidentes que de día, sus gorgoteos y "glup" más inesperados y cercanos; y constantemente se sobresaltaban ante lo que

parecía una repentina y clara llamada de una voz articulada.

La línea del horizonte era clara y dura contra el cielo, y en un cuarto en particular se mostraba negra contra una fosforescencia plateada ascendente que crecía y crecía. Por fin, sobre el borde de la tierra que esperaba, la luna se elevó con lenta majestuosidad hasta alejarse del horizonte y cabalgar, libre de amarras; y una vez más empezaron a ver superficies: praderas extensas y jardines tranquilos, y el río mismo de orilla a orilla, todo suavemente revelado, todo limpio de misterio y terror, todo radiante de nuevo como de día, pero con una diferencia que era tremenda. Sus antiguas moradas los saludaban de nuevo con otros ropajes, como si se hubiesen escabullido y se hubiesen puesto esta nueva vestimenta pura y hubiesen regresado silenciosamente, sonriendo mientras esperaban tímidamente a ver si se los reconocía de nuevo bajo ella.

Sujetando su barca a un sauce, los amigos desembarcaron en este reino silencioso y plateado, y exploraron pacientemente los arbustos, los árboles huecos, los canales y sus pequeñas alcantarillas, las zanjas y las vías de agua secas. Embarcando de nuevo y cruzando al otro lado, remontaron el arroyo de esta manera, mientras la luna, serena y desprendida en un cielo sin nubes, hacía lo que podía, aunque tan lejos, para ayudarles en su búsqueda; hasta que llegó su hora y se hundió en la tierra de mala gana, y los dejó, y el misterio volvió a sostener el campo y el río.

Entonces empezó a manifestarse lentamente un cambio. El horizonte se hizo más claro, el campo y los árboles aparecieron más a la vista, y de alguna manera con un aspecto diferente; el misterio comenzó a desaparecer de ellos. Un pájaro gorjeó de repente, y se quedó quieto; y se levantó una ligera brisa que hizo crujir los juncos y las cañas. Rata, que estaba en la popa de la embarcación mientras Topo remaba, se incorporó de pronto y escuchó con apasionada atención. Topo, que con suaves golpes mantenía la barca en movimiento mientras observaba las orillas con cuidado, lo miró con curiosidad. —¡Se ha ido! —suspiró Rata, hundiéndose de nuevo en su asiento—. Tan hermoso, extraño y nuevo. Como iba a terminar tan pronto, casi desearía no haberlo oído nunca. Porque ha despertado en mí un anhelo que es dolor, y nada parece valer más que oír ese sonido una vez más y seguir escuchándolo para siempre. ¡No! ¡Ahí está otra vez! —gritó, alerta de nuevo. Embelesado, permaneció largo rato en silencio, hechizado. —Ahora pasa y empiezo a perderlo —dijo en seguida—. ¡Oh, Topo! ¡Qué belleza! El burbujeo alegre y la alegría, la llamada fina, clara y feliz del gorjeo lejano. Nunca soñé con una música semejante, y la llamada es más fuerte que la dulzura de la música. ¡Rema, Topo! ¡Rema! Porque la música y la llamada deben ser para nosotros. Topo, muy asombrado, obedeció. —Yo no oigo nada —dijo—, salvo el viento que toca las cañas, los juncos y los mimbres. Rata nunca contestó, si es que lo oyó. Arrebolado, transportado, tembloroso, fue poseído en todos sus

sentidos por esta nueva cosa divina que atrapó su alma indefensa y la columpió y columpió, un niño impotente pero feliz, en un fuerte agarre sostenedor.

Topo remó con firmeza en silencio, y pronto llegaron a un punto donde el río se dividía, un largo remanso que se bifurcaba a un lado. Con un leve movimiento de cabeza Rata, que había dejado caer los cabos del timón, indicó al remero que tomara el remanso. La sigilosa marea de luz ganaba y ganaba, y ahora podían ver el color de las flores que adornaban la orilla del agua.

—Más claro y más cerca aún —gritó Rata alegremente—.

¡Ahora seguro que lo oyes! Ah, por fin veo que lo haces.

Sin aliento y paralizado, Topo dejó de remar cuando la líquida corriente de aquella alegre música de flautas irrumpió en él como una ola, lo atrapó y lo poseyó por completo. Vio las lágrimas en las mejillas de su camarada, inclinó la cabeza y comprendió. Durante un rato permanecieron allí, rozados por lo púrpura de la maleza que bordeaba la orilla; entonces la clara e imperiosa llamada que marchaba a la par con la embriagadora melodía impuso su voluntad sobre Topo, y mecánicamente se inclinó de nuevo hacia sus remos. La luz se hacía cada vez más intensa, pero los pájaros no cantaban como solían hacerlo al acercarse el alba; y a no ser por la música celestial, todo estaba maravillosamente quieto.

A ambos lados de ellos, a medida que avanzaban, la rica hierba de la pradera parecía aquella mañana de una frescura y un verdor insuperables. Nunca habían visto las rosas tan vivas, la hierba del sauce tan exuberante,



la dulzura de la pradera tan olorosa y penetrante. Entonces el murmullo de la presa que se aproximaba comenzó a invadir el aire, y sintieron la conciencia de que se acercaban al final, cualquiera que fuese, que seguramente aguardaba a su expedición.

El gran dique, un amplio semicírculo de espuma, luces centelleantes y brillantes hombros de agua verde, cerraba el remanso de orilla a orilla, alborotaba toda la tranquila superficie con remolinos y brotes de espuma flotante, y acallaba todos los demás sonidos con su solemne y tranquilizador estruendo. En el centro de la corriente, abrazada por la brillante extensión de la presa, yacía anclada una pequeña isla, rodeada de sauces, abedules plateados y alisos. Reservada, tímida, pero llena de significado, ocultaba lo que pudiera contener tras un velo, guardándolo hasta que llegara la hora y, con la hora, aquellos que habían sido llamados y elegidos.

Lentamente, pero sin ninguna duda o vacilación, y en una especie de solemne expectación, los dos animales atravesaron las tumultuosas aguas y atracaron su barca en la florida orilla de la isla. Desembarcaron en silencio y se abrieron paso a través de las flores, la hierba perfumada y la maleza que conducía a la llanura, hasta que llegaron a un pequeño prado de un verde maravilloso, rodeado de árboles de huerta propios de la naturaleza: manzanos, cerezos silvestres y endrinos. —Este es el lugar de la canción de mi sueño, el lugar donde la música me tocó —susurró Rata, como en trance

—. ¡Aquí, en este lugar sagrado, aquí si en alguna parte, seguramente lo encontraremos!

De pronto, Topo sintió que se apoderaba de él un gran temor, un temor que hizo que sus músculos se volvieran agua, inclinó la cabeza y clavó los pies en el suelo. No era pánico, de hecho, se sentía maravillosamente en paz y feliz, sino que era un temor que lo golpeaba y lo retenía y, sin ver, sabía que sólo podía significar que alguna augusta Presencia estaba muy, muy cerca. Con dificultad se volvió para buscar a su amigo y lo vio a su lado acobardado, conmovido y temblando violentamente. Y seguía reinando un silencio absoluto en las pobladas ramas acechadas por los pájaros que los rodeaban; y la luz seguía creciendo y creciendo.

Tal vez nunca se habría atrevido a alzar los ojos, pero, aunque el sonido de los gritos se había callado, la llamada y la citación parecían aún dominantes e imperiosos. No podría negarse, si la misma Muerte estuviera esperándolo para golpearlo al instante, una vez que hubiera mirado con ojos mortales las cosas que correctamente se mantenían ocultas. Temblando, obedeció y levantó su humilde cabeza; y entonces, en aquella claridad absoluta del inminente amanecer, mientras la Naturaleza, enrojecida por la plenitud de un color increíble, parecía contener la respiración por el acontecimiento, miró a los propios ojos del Amigo y Auxiliador; vio la curvatura de los cuernos hacia atrás, brillando en la creciente luz del día; vio la nariz severa y ganchuda entre los ojos bondadosos que los miraban con humor, mientras la boca barbuda esbozaba una

media sonrisa en las comisuras; vio los músculos ondulantes del brazo que cruzaba el ancho pecho, la larga y flexible mano que aún sujetaba la flauta de pan, apenas separada de los labios entreabiertos; vio las espléndidas curvas de los peludos miembros dispuestos con majestuosa soltura sobre el césped; vio, por último, acurrucada entre sus pezuñas, durmiendo profundamente en completa paz y satisfacción, la pequeña, redonda, rechoncha e infantil forma de la cría de nutria. Todo esto lo vio, por un momento sin aliento e intenso, vívido en el cielo de la mañana; y aun así, mientras miraba, vivía; y aun así, mientras vivía, se maravillaba.

—¡Rata! —encontró aliento para susurrar, temblando —  
¿Tienes miedo?

—¿Miedo? —murmuró Rata, con sus ojos brillando con un amor indecible—. ¡Miedo! ¿De él?

Oh, nunca, ¡nunca! Y sin embargo...  
sin embargo... Oh, Topo, ¡tengo  
miedo!

Entonces los dos animales,  
agachados en la tierra, inclinaron la  
cabeza e hicieron adoración.

Súbito y magnífico, el ancho disco  
dorado del sol se mostró sobre el  
horizonte frente a ellos; y los  
primeros rayos, disparados a través  
de las llanas praderas de agua,  
recibieron a los animales de lleno en los ojos y los



deslumbraron. Cuando pudieron volver a mirar, la visión se había desvanecido y en el aire se oía el canto de los pájaros que saludaban el amanecer.

Mientras miraban sin comprender, en una muda miseria que se profundizaba a medida que se daban cuenta lentamente de todo lo que habían visto y todo lo que habían perdido, una pequeña brisa caprichosa, danzando desde la superficie del agua, agitó los álamos, sacudió las rosas cubiertas de rocío y sopló ligera y acariciadoramente en sus rostros; y con su suave toque llegó el olvido instantáneo. Pues éste es el último y mejor don que el bondadoso semidiós se preocupa de conceder a aquellos a quienes se ha revelado en su ayuda: el don del olvido. No sea que el horrible recuerdo permanezca y crezca, y ensombrezca la alegría y el placer, y el gran recuerdo inquietante estropee todas las vidas posteriores de los animalitos ayudados a salir de las dificultades, para que sean felices y despreocupados como antes.

Topo se frotó los ojos y miró fijamente a Rata, que miraba a su alrededor extrañado.

—¿Qué has dicho, Rata? —preguntó.

—Creo que sólo comentaba —dijo Rata lentamente—, que éste era el lugar adecuado, y que aquí, si en algún sitio, lo encontraríamos. Y mira. Ahí está, el pequeñín —y con un grito de alegría corrió hacia el dormido Portly.

Pero Topo se detuvo un momento, pensativo. Como quien se despierta repentinamente de un hermoso sueño, lucha por recordarlo y no puede captar nada más que una vaga sensación de su belleza, ¡de su belleza! Hasta que

eso también se desvanece a su vez, y el soñador acepta amargamente el duro y frío despertar y todas sus penalidades; así Topo, después de luchar con su memoria durante un breve tiempo, sacudió tristemente la cabeza y siguió a Rata.

Portly se despertó con un chillido de alegría y se retorció de placer al ver a los amigos de su padre, que tantas veces habían jugado con él en días anteriores. En un momento, sin embargo, su cara se quedó en blanco, y se puso a dar vueltas en círculo con gemidos suplicantes. Como un niño que se ha dormido felizmente en los brazos de su niñera, y al despertar se encuentra solo y acostado en un lugar extraño, y busca en rincones y armarios, y corre de habitación en habitación, con la desesperación creciendo silenciosamente en su corazón, así Portly buscó y buscó en la isla, tenaz e incansablemente, hasta que por fin llegó el negro momento de darse por vencido, y sentarse y llorar amargamente.

Topo corrió rápidamente a consolar al animalito; pero Rata, demorándose, miró larga y dudosamente ciertas marcas de pezuñas en lo profundo de la hierba.

—Algún gran animal ha estado aquí —murmuró lenta y pensativamente; y se quedó pensando y pensando con la mente extrañamente agitada.

—¡Ven, Rata! —gritó Topo—. Piensa en la pobre Nutria, esperando allá junto al vado.

Portly no tardó en consolarse con la promesa de un regalo: un paseo por el río en el bote de verdad del señor Rata; y los dos animales lo condujeron a la orilla

del agua, lo colocaron firmemente entre ellos en el fondo del bote y remaron por el remanso. El sol ya había salido del todo y calentaba sobre ellos; los pájaros cantaban con fuerza y sin freno, y las flores sonreían y asentían desde ambas orillas, pero de algún modo, así pensaban los animales, con menos riqueza y resplandor de color de lo que parecían recordar haber visto recientemente en alguna parte; se preguntaban dónde. Alcanzado de nuevo el río principal, dirigieron el bote río arriba, hacia el punto donde sabían que su amigo mantenía su solitaria vigilia. Al acercarse al familiar vado, Topo llevó el bote a la orilla, sacaron a Portly y lo pusieron sobre sus patas en el camino de tierra, le dieron sus órdenes de marcha y una amistosa palmada de despedida en la espalda, y lo empujaron a mitad de la corriente. Observaron al animalito mientras avanzaba por el sendero contento y con importancia; lo observaron hasta que vieron que su hocico se levantaba de repente y su caminar se convertía en una torpe caminata mientras aceleraba el paso con agudos quejidos y gestos de reconocimiento. Mirando río arriba, pudieron ver a Nutria levantarse, tensa y rígida, de los bajos donde se agazapaba en muda paciencia, y pudieron oír su ladrido asombrado y alegre mientras saltaba a través de los mimbreros hacia el sendero. Entonces Topo, con un fuerte tirón de un remo, hizo girar el bote y dejó que la corriente los llevara de nuevo a donde quisiera, con su búsqueda felizmente terminada.

—Me siento extrañamente cansado, Rata —dijo Topo, inclinándose cansadamente sobre sus remos mientras el

bote iba a la deriva—. Dirás que es por estar despiertos toda la noche, pero eso no es nada. Hacemos lo mismo la mitad de las noches de la semana, en esta época del año. No; me siento como si hubiera pasado por algo muy emocionante y bastante terrible, y acabara de terminar; y sin embargo no ha ocurrido nada en particular.

—Oh, algo muy sorprendente, espléndido y hermoso —murmuró Rata, recostándose y cerrando los ojos—. Me siento igual que tú, Topo; simplemente muerto de cansancio, aunque no de cansancio corporal. Es una suerte que el arroyo nos lleve a casa. ¡Qué alegría volver a sentir el sol calentándonos hasta los huesos! Y escucha el viento tocando en las cañas.

—Es como la música, música lejana —dijo Topo cabeceando somnoliento.

—Eso estaba pensando —murmuró Rata, soñadora y lánguida—. Música de baile, del tipo cadencioso que corre sin parar, pero también con palabras; pasa por las palabras y vuelve a salir de ellas; las capto a intervalos; luego vuelve a ser música de baile, y después nada más que el suave y fino susurro de las cañas.

—Tú oyes mejor que yo —dijo Topo con tristeza—. Yo no capto las palabras.

—Déjame intentar dártelas —dijo Rata suavemente, con los ojos aún cerrados—. Ahora se está convirtiendo en palabras de nuevo, débiles pero claras: para que el temor no se apodere de ti; y convierta tu diversión en inquietud; mirarás mi poder en la hora de la ayuda; ¡pero luego olvidarás! Ahora las cañas las recogen. Olvida, olvida, suspiran, y se apaga en un crujido y un

susurro. Entonces la voz regresa... No sea que los miembros se enrojeczan y se rasguen; salto la trampa tendida; mientras suelto la trampa, puedes verme allí; ¡porque seguro que lo olvidarás! Rema más cerca, Topo, ¡más cerca de los juncos! Es difícil de captar, y cada minuto es más débil. Ayudante y sanador, ánimo; pequeños vagabundos en el bosque húmedo; en él encuentro extraviados, en él atiendo heridas; ¡Que se olviden todos! ¡Más cerca, Topo! No, no sirve de nada; la canción se ha apagado en el habla de la caña.

—Pero, ¿qué significan las palabras? —preguntó Topo asombrado.

—Eso no lo sé —dijo simplemente Rata—. Te las transmití tal como me llegaron. Ahora vuelven de nuevo, ¡y esta vez completas y claras! Esta vez, por fin, es lo real, lo inconfundible, lo simple, apasionado, perfecto.

—Bueno, pues vamos a tenerlo —dijo Topo después de haber esperado pacientemente unos minutos, medio dormido bajo el sol ardiente.

Pero no hubo respuesta. Miró y comprendió el silencio. Con una sonrisa de mucha felicidad en la cara, y todavía algo de una mirada de escucha, Rata, cansado, estaba profundamente dormida.